

Santa Elena de Uairén

Cal, 1965-12-18.

Santa Elena de Uairén es un pueblo venezolano al que no ha conseguido llegar una carretera.

Es un gigantesco municipio de 35.000 kilómetros cuadrados. Con ser eso, sólo un pueblo, es más extenso que el Distrito Federal, que tiene 1930 km²., y más grande que el Estado Carabobo, que tiene 4.650, y más que Nueva Esparta, que tiene 1.150, y más que Aragua, que tiene 5.600, y más que Cojedes y Falcón y Lara y Mérida y Miranda y Monagas y Portuguesa y Sucre y Táchira y Trujillo y Yaracuy y, desde luego, más extenso que las dependencias federales, ya que entre todas las islas diseminadas en el Mar Caribe, dependientes directamente del Gobierno Federal, tienen 120 km².; total que Santa Elena de Uairén, con sólo y ser un municipio de apenas unos 4.000 habitantes, es más grande en extensión que 16 de las 24 entidades-políticas del país; sólo lo superan Barinas que con 35.200 km²., apenas tiene 200 km. más; Anzoátegui, que tiene 43.300 km²; Apure, que tiene 76.500; Bolívar, que tiene 238.000, y al que pertenece el municipio de Santa Elena; Guárico, que tiene 66.400; Zulia, que tiene 63.100; Territorio Federal Amazonas, que tiene 175.750, y el Territorio Federal Delta Amacuro, que tiene una superficie de 40.200 km².

¿Qué hace Santa Elena de Uairén en esta soledad? Pues lo que no podemos hacer aquí en Caracas, el millón y medio de habitantes amontonados en los pocos cientos de kilómetros del área metropolitana: buscar oro y diamantes escarbando en la tierra; hacer contrabando de cosas, de ganado y de hombres, y de mujeres, desde el Brasil; y esperar que les llegue algún día una carretera.

El pueblo

El pueblo es una Calle Bolívar atravesada por dos pequeñas calles, como dos cruces.

Las casitas son de tierra y palma y zinc, como las de cualquier otro pueblo del lejano interior venezolano, donde no ha llegado la teja ni el cemento, y con la desventaja de que cuestan mucho más caras, porque donde no hay madera cerca, ni almacenes de ferretería que vendan el cemento o el zinc o el tubo, ni hombres que se dediquen a otra cosa que a buscar oro y diamantes, todo, hasta levantar una choza, cuesta a peso de oro, o a peso de diamantes. Auténtico. Es que el material más insignificante tiene que llegar en avión (el saco de cemento cuesta 45 bolívares); y el hombre más torpe cobra la hora de trabajo como si fuese, un ingeniero que maneja un computador en el Cabo Cañaveral.

En esta calle o Avenida Bolívar de Santa Elena de Uairén no hay luces de neón, ni siquiera unos bombillos de colores.

Hay, sí, un letrero que indica la existencia de alguna vida comercial en el pueblo. Es un cartón amarillo escrito a mano y que dice: "Atención. Grandioso baratillo. Se vende a precio de costo".

Santa Elena de Uairén no es esto sólo.

Santa Elena, el pueblo mismo, con sólo 500 habitantes; los restantes 3.500, más o menos, viven las "malocas", o viviendas indias (alrededor de un millar de indígenas) y regados en tres caseríos distantes: Ikabarú. Parai-Tepuy (que es un pequeño núcleo de una docena de casas abandonadas por una compañía minera y donde quedan aún algunos mineros) y Maurá, un pueblo indio.

Pero Santa Elena, el pueblo, es esto sólo.

El hombre

Santa Elena de Uairén fue primero el Dr. Lucas Fernández Peña, quien llegó aquí a explorar minas desde Valencia, donde nació, y San Fernando de Apure, donde vivía, cuando no había nada en 1924, y todavía, con el pelo cano, está entero como jefe de aeropuerto.

Después, en 1931 llegaron los Capuchinos, quienes han ayudado a incorporarse al indio a la vida comunitaria de Santa Elena, enseñándoles a sembrar y a criar ganado, y para quienes mantienen hoy escuelas y comedores.

Y vinieron, y se fueron y vienen y se van, en un flujo y reflujo de hombres solitarios, los mineros de todas las nacionalidades y de todas las condiciones humanas. Son ellos, regados por esas enormes sabanas, esos cerros y esas selvas, solos, vigilándose, los que suman uno a uno, aislados como leprosos, los que faltan para completar los más o menos cuatro mil habitantes que viven en estos 35.000 kilómetros silenciosos de la Gran Sabana que pertenecen al municipio de Santa Elena de Uairén.

La mayoría son brasileños. Brasil está ahí mismo, en Carimamparú, un puesto fronterizo sin carretera, sin aduana formal, una pura choza perdida en la sabana donde viven, y se turnan, dos guardias nacionales.

Los pocos brasileiros que pasan esta línea imaginaria por este puesto de avanzada llegan con sus papeles, como debe ser. Pero la mayoría cruza la frontera a pie, a cualquier hora de la noche o del día, sin saber siquiera cuándo están en Venezuela o en el Brasil. Los hay que lo hacen con malicia, o porque robó, o porque mató a un hombre en el otro lado, o, simplemente, porque vienen buscando diamantes; pero generalmente pasan de un lado al otro de la sabana así, clandestinamente, porque es más cómodo que andar haciendo papeles. Y porque muchas veces no vienen solos, sino arreando ganado, que es el contrabando más fuerte en esta zona, o cargando bultos llenos de "Sabonete Phebo Odor de Rosas", de una loción "Leite de Rosas" para damas, de "Loção Brillhante", que dicen que es maravilloso contra la caspa, y de un "Específico Pessoa" contra culebras que dicen que es, y parece que se ha comprobado, casi milagroso, y arroz y harina y hasta caraotas.

¿Y por qué todo eso desde el Brasil, y a escondidas?

Desde el Brasil, porque es más barato traer desde allá que transportar la mercancía venezolana por avión; y a escondidas, porque no hay otra manera de hacerlo

Callar es más barato

Como en tantas otras partes del país, aquí también paga, y bastante, la discreción.

En Santa Elena hay mucho problema: algunos de simple repercusión local, de pequeño problema de organización; pero otros de envergadura que trasciende lo local y hasta lo nacional. Pero cuando un periodista se acerca al hombre del medio mismo, para recibir la información de primera mano, se le despierta al hombre de Santa Elena el sentido de la discreción.

El hombre de Santa Elena es minero o es funcionario. Son, por cierto, dos especímenes opuestos. Al minero le importa muy poco que el arroz esté a tanto, o que no dejen meter ganado por la frontera, o que no haya agua en el pueblo, o que la medicatura no tenga lo que debe tener; porque él vive a salto de mata viviendo de fiado, que es cuando no tiene que pagar, o pagando cuando tiene bastante, que es cuando no le importa pagar lo que le pidan, y en estas circunstancias no le importa lo que ocurre a los niños (de los demás). Su salud está a prueba de intemperies y de hambres y de sed, y tampoco le importa lo que será de Santa Elena dentro de cinco años o de diez: el minero, aunque viva aquí, está de paso y vive un poco o un mucho, al margen de los problemas de la comunidad. En cambio, para el funcionario, sea el obrero del MOP, o el prefecto, o el jefe de Aduanas, es generalmente materia muy seria de reflexión, y también de discusión; poco más que eso, pero ya es bastante. Le preocupan a un funcionario los problemas de sanidad, agua, alimentación, finanzas municipales, porque se siente un poco responsable de cómo van las cosas; y porque él mismo, y sus hijos, están amarrados aquí, a estas pocas hileras de casas donde cuentan algo y donde reciben periódicamente los medios de subsistir. Y porque la mercancía cara afecta a su presupuesto, el agua infectada los puede enfermar, las penurias administrativas repercuten en sus comodidades, o incomodidades, porque una peste los puede matar.

De ahí que el funcionario tenga frente a los problemas de Santa Elena de Uairén una actitud completamente distinta al del minero.

Pero es una actitud que rinde muy poco más que hablar.

¿Por qué?

Primero, porque un funcionario depende de una administración central, y teme como a la peste que llegue a oídos de alguien allá, en el cielo del presupuesto, un comentario que le sea desfavorable; es absurdo, debería ser al revés, debería ser el funcionario una antena que rindiese un servicio al recoger y transmitir las quejas; pero no es así. Segundo, porque en el fondo, aún el funcionario tiene aquí, en Santa Elena, un poco de desarraigo del minero; nadie o muy pocos, vienen aquí para siempre, para quedarse; porque siempre se espera ascender a otro puesto mejor, y también porque, por muy leal que se sea a una administración, las administraciones cambian; y es lástima, pero así es, que, hagan los hombres lo que hagan y como lo hagan, se van y vienen con los que van y vienen al poder.

Y el funcionario habla en círculo cerrado; pero en cuanto huele a periódico, se mete en su concha, como el morrocoy.

Pero uno está hecho a eso, a hablar con un morrocoy. De otra manera no habría forma de dialogar con el hombre. Y mucho menos con el funcionario.

Los problemas

Así es que adopté una táctica: a cada funcionario le preguntaba sobre los problemas de los que no es directamente responsable y que no le toca resolver. Así, no sólo iba recibiendo información de algunos problemas, sino que les iba dando oportunidad de hablar de los problemas de los demás, que es la mejor forma de desahogo.

Hay un problema grave de carestía de alimentos.

En Santa Elena de Uairén, un kilo de pasta vale 3 bolívares (en Caracas menos de 1 bolívar), 1 kilo de azúcar 3 Bs. (0,90 Bs.), un 1 kilo de sal 2 Bs. (0,75 Bs.), un kilo de arroz 3 Bs. (1,90 Bs.), un fresco cuesta 1,50 Bs. (0,25 Bs.), una latica de cerveza 1,50 Bs. (0,50 Bs.), un Alkazeltzer 0,50 Bs. (0,125 Bs.); por lavar una camisa cobran allá 3 ó 4 Bs. (1,50 Bs.), una botella de menos de un litro de kerosén para cocinar cobran 1 Bs. (una locha en Caracas), un litro de gasolina 1 bolívar (0,15 Bs.). Por estos precios podemos deducir que en Santa Elena de Uairén el costo de vida es tres a cuatro veces más elevado que aquí, en la capital.

Ya sabemos que la razón principal de esta carestía es la falta de carretera. Pero en una mesa redonda en que había de todo, menos comerciantes, estuvo todo el mundo de acuerdo en que los fletes de avión no justifican esta escandalosa subida de precios.

Todo el mundo estuvo también de acuerdo en que la solución definitiva es la carretera. Porque no sólo vendrá la mercancía más barata, sino que a los comerciantes se les acaba el argumento del avión y por la carretera llegará más gente y más competencia. Ya en El Dorado, donde llega la carretera desde Ciudad Bolívar, se ha visto la diferencia: los precios de las mercancías se mantienen más o menos al nivel de la ciudad.

Y la carretera ya viene; el Ejército está trabajando en dos frentes, uno que arranca en el kilómetro 88 de El Dorado, y el otro que ya va sabana adelante partiendo de Santa Elena de Uairén; aunque hay problemas que salvar en tiempo y en costo, la carretera llegará dentro de un par de años.

¿Pero mientras tanto? Mientras llegue esa carretera, que unirá por primera vez a la Gran Sabana con el cuerpo económico y social de Venezuela, la solución, decían algunos (algunos entre los que no se contaba el jefe de aduanas) sería organizar una especie de economato que se surtirá fácilmente por aviones oficiales, militares o no, a precios asequibles a la población de Santa Elena, como un servicio público; si se organizan economatos en empresas, en sindicatos, ¿por qué no se va a poder hacer aquí en este extremo difícil del país, para resolver un problema tan agudo? Pero la solución mejor para otros, entre los que estaba el jefe de aduanas, es dejar entrar la mercancía desde el Brasil cobrando un modesto aforo que hasta podría estar destinada a la débil economía municipal de Santa Elena.

Así, salieron a la luz conceptos nacionalistas, de "Venezuela primero", y conceptos prácticos de "el venezolano primero". Seguramente las dos opiniones tienen partes de razón. Pero no se pusieron de acuerdo; y seguramente nunca se pondrán de acuerdo; y mientras tanto, y éste es el mal que afecta a Santa Elena, las cosas seguirán tan mal como están, en las que el venezolano y Venezuela los dos, sufren las consecuencias.

Hubo un bodeguero húngaro, me dicen, que llamaban "Mano de gancho"; (porque era mocho y le habían añadido un garfio a su muñón) que comenzó a pelear los precios en los abastos pero tuvo que salir del pueblo, porque se le podría haber quedado el gancho sólo, sin tener en donde amarrar.

Otro problema trascendental es el del ganado. Evité hablar de esto con el encargado del Ministerio de Agricultura y Cría, porque yo sabía lo que me iba a decir.

Pero hablando con los demás, supe que la prohibición absoluta de traer ganado desde el Brasil es una torpeza.

¿Por qué?

La razón oficial es que el ganado del Brasil tiene aftosa. Pero, 1º). el ganado del Brasil está bajo control muy estricto; 2º). aunque tuviese aftosa, qué importa si ésta es una zona cuarentenaria donde se puede aislar el ganado y vacunarlo; como no tiene cómo ir hasta el resto del país mientras no haya una carretera, éste es un método seguro; 3º). de cualquier forma, aunque lo prohiban, el ganado entra de noche y se vende, por la clandestinidad, mucho más caro. ¿Consecuencias?: Se está consumiendo en Santa Elena ganado clandestino sin control sanitario a precios prohibitivos.

La carne que antes del 52, cuando llegaba el ganado brasileño legalmente por la frontera, se vendía a 1 y 2 Bs. el kilo, hoy la pagan, con pellejo y todo, a 5 bolívares, y sale la carne limpia a 7 bolívares el kilo. Con esa medida oficial que fue adoptada en Caracas en 1952 pierde el fisco, que no percibe ningún ingreso por entrada de ganado, y pierde el venezolano que vive en Santa Elena, porque la carne está por las nubes.

Esta radicalidad de la medida que se dice sanitaria llega a tanto que cuando, por un azar, agarran ganado sin papeles en la frontera, en lugar de matarlo y repartirlo entre la población (que sufre de una grave carencia de proteínas) se quema. Y no por sanidad porque ya se puede comprobar que ese ganado no tiene aftosa, sino por mecánica, por esa ciega mecánica de la ley que no tiene en cuenta las circunstancias en que se produce el hecho que legisla.

Alguna vez, y por excepción, alguna autoridad ha asumido valientemente la responsabilidad y ha repartido esta carne entre la población. Pero esto hay que callarlo.

Ahora bien, al mismo tiempo, y como por arte de magia, están creciendo los hatos de ganado por toda esa sabana próxima a Santa Elena de Uairén. Ese no puede ser ganado venezolano: si hasta dicen ¡mu!... en brasileño. Es un ganado fuerte, indu-cebú, que come hasta la paja que se da en el apogeo de la sequía de marzo. Y está bien que se formen esos hatos, porque es una de las pocas cosas útiles a que se puede dedicar estas tierras, a la cría extensiva de ganado. Aquí se observa cierta discreción de la autoridad. Si se va a ver este negocio de cerca, cada dueño de hato tiene todo en regla. Si, porque hace un esfuerzo y trae una vaca venezolana por avión, o ya tiene constancia de que tiene vacas viejas, registradas hace muchos años, y por cada vaca así, legal, que hay en el hato, "nacen" ocho o diez becerros al año, porque estas vacas de aquí son muy prolíficas. No

importa que a una vaca Holstein le salga un cebú brasileiro. Así, están llenando los hatos de reses nuevas.

¿Por qué no vienen esas reses del Brasil con papeles y todo, pagando su impuesto, como cualquier vaca fronteriza que se respete? No es porque los ganaderos de esta región no lo quieran, sino que se lo impide la ley.

Y, vamos a ver, ¿quién es la ley?

Porque sospecho que hay algo más que la ley, una ley impráctica y hasta inútil. Yo sospecho (con algunos de Santa Elena que no se atreven a hablar en público así, que hay intereses de ganaderos del otro lado de la Sierra de Lema, por donde hay que abrir una carretera difícil, a los que no les interesa que cuando se abra la nueva vía llegue ganado fuerte y bueno de la frontera, porque no podrán sostener ellos sus precios. Y acaso tengan su parte de razón, pero no deben tener estos ganaderos, digo, estos ganaderos, toda la razón.

Pero sea como fuere, ya el negocio de los hatos de ganado y otras cosas están en marcha por estas sabanas. Por ejemplo, debería regularse de alguna manera el cerco de tierras. Porque por aquí ¡hasta los indios están cercando! Antes, cuando alguien les construía una casa cerca, ellos cogían sus pocas cosas y se mudaban para otra parte de la sabana. Pero ahora, se han dado cuenta de que los van a dejar sin tierras, no para sembrar, ni muchas veces para meterles ganado, sino simplemente para dejarlas cercadas y especular con ellas cuándo llegue la carretera. Y los indios han tenido que comenzar a cercar también. Otro problema importante, el de la sanidad. En Santa Elena, a pesar de tener el agua muy cerca, está más sin agua que la de unos aljibes muy pobres y generalmente cerca de los pozos sépticos, que es decir letrinas.

Yo fui testigo de una conversación en la que, después de los lamentos por la falta de agua, alguien, que es militar dijo a los de Santa Elena que él, personalmente, les había conseguido la tubería y el transporte en Ciudad Bolívar, que lo único que les hacía falta era ponerse de acuerdo y coordinar los trabajos; y aún así, aún con todo o casi todo en la mano, en Santa Elena falta alguien que emprenda una obra de tanta trascendencia para la salud, y la comodidad del pueblo.

No agua, porque agua ya tienen; lo que hace falta en Santa Elena es cierta responsabilidad para el desarrollo de la comunidad.

Me encontré con una iniciativa oficial muy laudable: ofrecen en la Asistencia Social, desayuno gratuito, abundante y sustancioso, para los niños del pueblo todos los días. Me decía el Dr. José Moreno que se ha notado una gran mejoría en la salud de los niños, sobre todo los de la maloka, los que a veces no comen sino este desayuno. En cambio, la medicatura está muy mal dotada: tiene muchas necesidades. Y la labor médica es difícil aquí sobre todo entre los indios, quienes presentan a menudo deficiencias proteínicas y vitamínicas graves. Una de las circunstancias curiosas es la influencia religiosa en algunos hábitos alimenticios y hasta morales que afecta a la vez de manera favorable y adversa a los indios. Por influencia muy antigua de los adventistas de la Guayana Británica, que queda a muy pocos kilómetros de aquí, hay muchos indios que profesan esta religión. Por una parte, me decía el Dr. Moreno, sus creencias los benefician, porque el indio adventista practica una moderación muy loable y no bebe ni fuma; y, por otra, deja, por precepto, de comer carne de animal con pezuña, prohibiéndosele la

casi única carne que le puede suministrar las proteínas que le hacen falta para su salud, la carne de ante.

El sabio

El sabio de Santa Elena de Uairén; no porque fundó el pueblo hace 41 años; no porque, sin ser médico (porque lo que es él es farmacéutico) trabajó durante muchos años como el único médico de esta zona y ayudó mucho; no porque después de tantos años no se ha hecho rico con diamantes, ni los busca ya; no porque después de tantos años de haber fundado un pueblo tiene hoy dos hatos de ganado; no por todo esto que en Santa Elena de Uairén ya es señal muy marcada de sabiduría, sino por la colección paleontológica que tiene en su casa, el sabio del pueblo es el Dr. Lucas Fernández Peña.

Sean o no ciertas las teorías de este hombre dedicado a este estudio, según las cuales los fósiles que tiene coleccionados son los restos de un hombre americano anterior al indio actual, sin contar las 2.000 cuartillas que tiene inéditas sobre sus hallazgos en esa zona de Venezuela, este hombre es un ser excepcional que ha conseguido quedar al margen del flujo y reflujo de hombres que constituye la población inestable, de exagerada alta movilidad, o de movimiento constante, de esta zona.

El confiesa que nunca hubiese venido a región tan difícil de no ser por la mina de diamante; pero, después ha ido madurando en esta tierra difícil, ha sido útil a los que venían con la fiebre, y le ha sembrado a esta tierra un ganado que es indispensable, y acaso lo único estable y productivo para resolver su problema de poblamiento.

Este cuarto de trabajo lleno de libros y de fósiles bajo un techo de palma, es el hogar de un sabio.

El arriero

Ismael Arias es de Upata y está aquí desde el año 40, que es como estar desde el principio.

Está cargando unos burros, digo, unos bueyes, para llevar unas provisiones para la mina de Uairén. ¿Por qué usa bueyes en lugar de burros? Porque un buey camina mejor por esos cerros, y dura más. Claro que cuestan más que los burros: aunque eso de cuando un burro valía 20 bolívares ya pasó a la historia, ¡y hoy le piden a uno por un burro hasta 400 bolívares! Pero un buey por esos cerros es "como un jeep".

– ¿Como un jeep?

– ¡Claro!

Entonces veo el cuidado con que Ismael carga sus bueyes, y me cuenta que esto, un buey, no es como un burro, que no tiene ni nombre, porque ni nombre aprende un burro. Estos bueyes tienen nombre. Se llaman "Candelitas" "Buen pión" (y "buen pión" voltea la cabeza). "Perro de agua" (¿Por qué? Porque sí). "Moreno"; "Corazón" (Bonito este nombre. Claro). "Corazón chiquito" (¿Por qué? Por qué, pues porque es igual que "Corazón" y es más joven) "Manguera". "Resorte" y "Retrechero".

- Y un buey, ¿cuánto vale?
- Un buey vale 500 bolívares; ¡y los vale!
- Bueno, ¿y un buey no vale más en la carnicería?. Ha sido una pregunta con intención. Y la mirada de Ismael también la tiene, dura, desabrida, y mira a sus bueyes, y dice, ya con la risa:
 - Eso sería como matar un "jeep"!

El mecánico

Cuando yo desistí de encontrar en Santa Elena de Uairén un taller, descubrí a través de una puerta abierta un pequeño taladro de pared, y un banco de mecánico. Pertenecen, como pertenece toda la chatarra que hay dentro, en el patio, a Manuel Antúnez Consalves, un portugués que llegó a Caracas hace 20 años, pero después de un año se vino para la Gran Sabana. Primero estuvo en Parai-tepui, 9 años, y lleva ya 10 en Santa Elena.

¿Qué hace? Trabaja de lo que sea, de carpintero, que era su viejo oficio, arreglando "báculos" (escopetas) para los cazadores que cazan lapa, ardilla y cachicamos, que no hay más caza por aquí y hace también de albañil, fabrica bloques; tiene una máquina múltiple para trabajar madera; ha construido con piezas de carro un gato para levantar piezas pesadas que no vendería ni aunque le pagasen mil bolívares.

¿Por qué no se dedica a la mina? Porque no ha tenido suerte. Una vez consiguió unos diamantes y le dieron 3.000 bolívares; pero eso no da fijo, y él necesita comer todos los días. Y con esa plata además está formando un hato.

Manuel Antúnez, el carpintero que hace también de mecánico, es el único artesano que trabaja en Santa Elena de Uairén. Y como hay muy poca gente que trabaje eso, le va muy bien.

* * *

Y esto es Santa Elena de Uairén; un pueblo sin carretera con muchos problemas; rico en diamantes y en oro, pero sin agua y con la comida muy cara; con hombres arriesgados, de mucha iniciativa individual, pero de muy escaso sentido cooperativo para resolver sus problemas comunitarios; un pueblo donde está prohibido meter ganado y están creciendo los hatos.